

Desenvolvimiento del partido Verde

Evolution of the green party

Jesús Alberto Ramos Garbiras

Doctorado en Derecho Público con énfasis en Política Latinoamericana, Universidad Nacional de Madrid - UNED-España. Magíster en Ciencia Política, Universidad Javeriana. Abogado titulado de la Universidad Santiago de Cali – USC, con especialización en Derecho Constitucional de la Universidad Libre Seccional Cali. Miembro del grupo de investigación GICPODERI. Profesor Investigador Facultad de Derecho, Universidad Libre Cali y Universidad Santiago de Cali, Colombia
albertoramos2005@yahoo.com

Fecha de recepción: Julio 25 de 2011

Fecha aceptación: Septiembre 20 de 2011

Resumen

Los cuatro ex alcaldes que lideraban el partido Verde en Colombia se vieron abocados a ventilar los asuntos ambientales en todas las regiones del país durante su carrera por la presidencia y a convertirlos en promesa de campaña, dada la situación de Colombia, atravesada por problemas ambientales que deterioran la calidad de vida de sus habitantes, y porque hoy la agenda de cualquier gobierno tiene que atender prioritariamente dichos asuntos ante el crecimiento de la población, los actos depredadores de las personas y la abulia administrativa de las corporaciones autónomas regionales, las cuales, como autoridades administrativas, perdieron el control de los recursos naturales debido a su politización y a la corrupción, evidenciada en los cobros por las licencias para dejar hacer y para depredar. Ninguno de ellos hizo gala de discurso verde alguno, más bien se enredaron en veleidades y aislaron a muchos gracias a las intrigas de otros.

Palabras clave

Bipartidismo, coalición, abstencionismo, segunda vuelta, potencial electoral, uribismo, diversidad cultural, clase política, democracia, ambientalistas, elecciones.

Abstract

The four former mayors who were once leaders of the Green party in Colombia were obliged to discuss environmental affairs in all regions in this country during the course of their presidential campaigns and to turn them into campaign promises, in light of Colombia's current situation. The nation faces environmental problems that deteriorate people's quality of life. The political agenda of any government today must give high priority to these issues, taking into account population growth, people's predatory actions, and the apathy of regional autonomous environmental agencies which, as administrative authorities, lost control of natural resources due to politicization and corruption, evident in the form of payments in return for unsupervised licenses or permits to pillage. None

RAMOS, J.

of the candidates gave impressive green speeches, but rather got themselves entangled with their fickleness and isolated many people thanks to others' intrigues.

Bipartisanship, coalition, abstentionism, second round, electoral potential, Uribism, cultural diversity, political class, democracy, environmentalists, elections.

Keywords

Bipartisanship, coalition, abstentionism, second round, electoral potential, Uribism, cultural diversity, political class, democracy, environmentalists, elections

Introducción

Tres ex alcaldes de Bogotá, que se desempeñaron con éxito durante sus administraciones (Antanas Mockus, Enrique Peñalosa y Lucho Garzón), asumieron la representación del denominado partido Verde en las elecciones para presidente en el 2010. El 14 de marzo concurren a una consulta para definir quién figuraría en el tarjetón presidencial y sin duda alguna se convirtieron en una opción interesante en un momento de ebullición electoral y de crisis de los partidos que trajo toda clase de reacomodos políticos. Ante la falta de una alternativa de centro izquierda, esta agrupación devino en la formación política que congregó vastos sectores inconformes que vieron en estas figuras impolutas los líderes para la regeneración de la democracia y la transparente conducción del Estado, hasta ahora desangrado por los negociantes de lo público, una generación de depredadores que había hecho del Estado su guaca o tesoro personal.

Antes del 2010 los verdes en Colombia no eran una fuerza política significativa y los intentos anteriores no habían tenido el liderazgo suficiente para impulsar un movimiento ecologista que llegara a los cuerpos colegiados con una representación de peso y menos con la intención de tomarse el poder. Ingrid Betancourt, Max Enríquez y Sanín Vermont, entre otros, fueron algunos de los líderes que saltuariamente lo habían intentado. En la contienda electoral del 2010 aparecieron los ex alcaldes jalonando la propuesta verde como una opción de centro.

Al hundirse el referendo reeleccionista por el control constitucional y ante los vicios cometidos en su formación durante el trámite en el Congreso, el alineamiento de las fuerzas y su correlación cambió abruptamente, lo cual hizo del campo político un terreno inmensamente favorable para el partido Verde y los seguidores del ex alcalde Sergio Fajardo, quien ni corto ni perezoso concentró esfuerzos para la primera vuelta presidencial.

La ventaja del partido Verde residía en factores como la corriente internacional de asociaciones pares, una conciencia ciudadana en aumento por la necesidad de preservar los recursos naturales, la alarma por las sequías y la contaminación de los ríos, los efectos devastadores del calentamiento global y la necesidad imperiosa de ponerles orden a las ciudades mediante una efectiva regulación territorial y un uso adecuado de los recursos naturales para hacerlas vivibles y viables. El discurso bien manejado de los verdes permitiría convocar la verdadera pluralidad social y la diversidad cultural y abrir espacios para todos los sectores excluidos del aparato del Estado.

El origen social y político de los ex alcaldes es diverso, pero coincidían en la claridad de sus actos y en la acertada dirección que imprimieron a las políticas públicas durante su gestión. Antanas Mockus es de origen lituano, de clase media y formado con lecturas humanistas; Enrique Peñalosa nació por casualidad en el exterior, pero es un bogotano y cundinamarqués de toda la vida, de clase burguesa y formado en la ideología liberal; Lucho Garzón creció en el estrato uno, es bogotano de nacimiento, formado en la clase obrera y militante de la izquierda colombiana. Los tres se identifican por las buenas acciones, su buena conducta moral y su ideología progresista en las ejecuciones públicas. Los tres son, por inclinación urbanistas, con énfasis en la sociología urbana.

La consulta del partido Verde dio lugar a un hecho de significativa importancia política al abrirle las puertas a un nuevo candidato presidencial al escenario político como fue Antanas Mockus, lo que permitió que, sin Álvaro Uribe en la contienda, el partido comenzara a crecer al punto que superó el umbral y se volvió atractivo al electorado por ser una formación política bajo la dirección de tres ex alcaldes de conducta intachable, (luego fueron cuatro), que focalizaron a su alrededor una importante fracción del voto de opinión ante el desinfe de la candidatura de Sergio Fajardo, quien no logró representación parlamentaria. Él habría podido permanecer desde el principio con los ex alcaldes, pero se equivocó en la estrategia y en el manejo de un discurso vaporoso y ambiguo que no atrajo al electorado.

El partido Verde logró 1.823.000 votos en la consulta interna, cinco senadores y varios representantes a la Cámara. Para la primera vuelta electoral (mayo 30 de 2010) se midió frente a todas las demás formaciones políticas que tenían candidato presidencial. El voto de opinión jugó un papel básico, como quiera que a estas elecciones concurrieron millones de personas que no lo habían hecho en la elección parlamentaria. Allí logró quedar entre los dos candidatos con mayor votación y dada la ansiedad manifiesta de otras fuerzas de competir contra el uribismo estaba llamado a convertirse en el eje centralizador de todas las fuerzas políticas que habían estado excluidas del poder durante los últimos ocho años (algunas por más de doce). Sin embargo y para su infortunio, despreció importantes alianzas y acercamientos de otras corrientes.

Entre las ventajas competitivas de Mockus y los ex alcaldes que lo acompañaban estaban: 1) la imagen de transformadores de ciudad; 2) eran la muestra palmaria de que se puede hacer política decente y transparente; y 3) no tenían un pasado judicial sucio.

“A Mockus lo acompañaban dos figuras que uno creería irreconciliables en una alianza de grupo: Enrique Peñalosa y Lucho Garzón, ex alcaldes de la capital, el uno liberal de centro, el otro, socialdemócrata de izquierda. Uno pensaría que los egos revueltos de estos cuatro líderes naturales no daría para una tortilla, pero lo que los hizo crecer en estos días fue la grandeza de convivir juntos, declinando egoísmos” (Collazos, 2010).

El ascenso del partido Verde

El 2010 marcó una época de cambios impregnada por las nuevas tecnologías de la comunicación y la superación de la crisis económica mundial. Sin embargo, Colombia vivía un conservadurismo tardío manifestado en el comportamiento de los partidos hegemónicos, en medio de una serie de cambios sociopolíticos de avanzada que se habían

dado en casi toda Latinoamérica en los últimos diez años. Además, se hallaba inmersa en un conflicto interno que licuaba al país en un remolino sangriento, se anclaba con más fuerza en un modelo neoliberal que pauperizaba sin piedad a la mayoría de la población y se polarizaba en lo interno alrededor de una figura de talante bonapartista que dividía al país entre uribistas y antiuribistas.

Ese conservadurismo tardío se patentizó en la conducta de la clase política nucleada en torno al uribismo. El bipartidismo se disfrazaba de renovador y de Estado comunitario, pero en el fondo reproducía la misma conducta de las élites bipartidistas del Frente Nacional, con el agravante de que envilecieron aun más la política con las alianzas veladas que establecieron con el narcoparamilitarismo para presionar al electorado –sin soslayar prácticas corruptas como el soborno– a fin de lograr decisiones administrativas favorables, saquear el presupuesto público con contrataciones infladas, consumir una contrarreforma constitucional para desmontar beneficios sociales, espiar a los opositores y a las altas cortes violando así el derecho a la intimidad, transformar el Estado democrático en un Estado policíaco, doblegar a la justicia para evitar el procesamiento de la clase política afecta al Estado corrupto y falsear los positivos de la guerra al eliminar inocentes.

Mockus y Fajardo, como fórmula presidencial, comenzaron a copar el centro del campo político. Dos profesores de matemáticas de clase media, exitosos como alcaldes y como transformadores de ciudad, estaban dispuestos a incorporar un proyecto ambiental dentro del discurso político del programa y de las eventuales políticas públicas si alcanzaban llegar al gobierno. Dos profesores que en momentos de crisis y disolución moral impartían pedagogía, cultura ciudadana y recomponían la ética de los funcionarios públicos. No fueron radicales en sus formulaciones y propuestas ni se identificaban con la derecha clasista o con la izquierda furibunda. Su aceptación denotaba que la sociedad colombiana estaba hastiada del bipartidismo gobernante durante 180 años, pero permanecía aún temerosa de tener un gobernante “de izquierda”.

El atractivo de los verdes fue la presentación de los tres tenores del cambio: Mockus, Peñalosa y Lucho Garzón; y de Sergio Fajardo que hacía una campaña novedosa y fraterna. Ese grupo llamó poderosamente la atención al mostrarse con marcada independencia y distancia del bipartidismo, pero sobre todo, como figuras immaculadas frente a los actos de corrupción y malos manejos de la cosa pública.

El voto de opinión desde hace dieciséis años registra un comportamiento promedio de 2.000.000 en cada elección, por encima del voto de los partidos y de las maquinarias electorales. Sin embargo, es volátil y cambia de forma según sean los atractivos de cada campaña, las propuestas, la publicidad y las carencias más sentidas. Entonces, y de acuerdo con el comportamiento electoral registrado para las elecciones presidenciales cada cuatro años, la votación aumenta dos millones de votos, que estarán en un 70% con el partido Verde. En esa ocasión el voto de opinión aumentará al menos en otro millón quinientos mil y la fórmula Mockus-Fajardo podía agregar otros miles de votos en la obtenidos entre la población joven que nunca ha votado o se ha abstenido de hacerlo. Así, el partido alcanzó más de tres millones para la primera vuelta. Se esperaban al menos cinco millones y ello marcó la diferencia.

El potencial electoral en Colombia es de unos 29.997.000, de los cuales 7.550.000 se encontraban en el rango de edades entre los 18 y los 26 años. Aproximadamente 3.200.000 obtuvieron la cédula entre el 2006 y enero de 2010, eran los nuevos votantes que se pronunciarían el 30 de mayo (muchos de ellos sumados a los que obtuvieron la cédula entre el 2002 y el 2006) que se expresaron el 14 de marzo 2010. Ello hizo que aumentara la participación, pero la abstención continuaba en una cota muy alta.

Esta población joven que nunca había votado se expresó en las reuniones del partido Verde y a través de las redes sociales encarnaron el nuevo voto de opinión desamarrado de las maquinarias políticas. Esta población podía dar la sorpresa, pero no concurrieron a las urnas ni convocaron a sus amistades de cuadra o de redes sociales. El voto de opinión con comportamiento electoral registrado, es un voto volátil y cambiante de acuerdo con las propuestas que vayan escuchando. Este dio un giro el 30 de mayo 2010 y se distribuyó entre Mockus, Sanín, Petro, Vargas Lleras, Araújo, Calderón y Devia. Las redes sociales virtuales se dedicaron a reproducir el pensamiento de Mockus por internet y dieron lugar a una gigantesca “ola verde”. La tarea hasta el 30 de mayo era conectarse con las redes reales no clientelares, la de los estratos 1, 2, y 3, que no tienen internet (en Colombia solo el 10% de la población tiene acceso a los computadores) y las del país rural. Sin embargo, esa tarea no se hizo o si se hizo no se supo encausar.

Pese a la propaganda negra liderada por J.J. Rendón, Mockus se mantenía en las encuestas por encima de los otros candidatos y pasó a la segunda vuelta. Debía mantener prudencia frente a las preguntas capciosas sobre temas anodinos que podrían repercutir y afectar el voto de opinión. Tuvo que demostrar que no era ateo, pero sus opiniones en este sentido le espantaron los votos mojigatos y beatos. No atinó respecto al Polo Democrático como potencial aliado en la segunda vuelta, lo cual le costó la disminución de posibilidades para la presidencia. Ninguno de los candidatos opcionados propuso un nuevo modelo económico ni menos un nuevo tipo de Estado. La campaña giró en torno a lo verbal con posturas prouribistas (Santos), moderadamente uribistas (Vargas Lleras, Noemí, Mockus) y antiuribistas (Petro); todos sin poder desconocer al presidente.

Se pensó que disminuiría el abstencionismo por las aspiraciones de cambio y ante la disolución moral que se respiraba en el país. Mockus encarnaba los valores y principios éticos extraviados y se columbró que aumentaría la votación por los atractivos pluralistas de su campaña y la multiplicación de las simpatías, expresadas en las redes sociales que querían sacar a la sociedad civil del torbellino de mentiras comprobadas de los últimos meses. A Mockus y a Fajardo no les interesó coaligarse con las estructuras partidistas clientelizadas y ligadas a la corrupción. Sería, pensaban ellos, la primera vez que un partido nuevo llegaría al poder por fuera de las organizaciones partidistas tradicionales. Como independientes llegaron a las alcaldías de sus ciudades y también algunos gobernadores lo hicieron, pero ninguno había logrado al poder central del Estado. A Gaitán lo mataron, a Rojas Pinilla le robaron las elecciones, López Michelsen llegó por el partido Liberal y no por el MRL, a Galán lo mataron, y los que posan de haber llegado como independientes o coaligados (Belisario, Pastrana Jr y el mismo Uribe), lo hicieron montados en las fracciones del bipartidismo. Y en efecto, Mockus no llegó porque el bipartidismo se transmutó en la Unidad Nacional Santista.

La población hastiada por la corrupción y desencantada por ocho años de uribismo también suma. Mockus, como figura transparente, representaba el *sumum* de la moral y de la ética que debían recuperarse para reconstruir las instituciones y la moral pública, quitándoles los espacios estatales a las fauces de los negociantes de las parcelas del Estado, los que franquician la administración pública por el diez o el quince por ciento del presupuesto en cada contrato para sus bolsillos y pulverizan los impuestos que deben ir a la inversión social, convirtiendo así la hacienda pública en un negocio personal. Faltaron votos y faltó estrategia por parte del partido verde para conquistar las formaciones políticas que no llegaron a la segunda vuelta.

La renuencia de Mockus de relacionarse con la clase política de las fracciones del bipartidismo durante su gestión como alcalde, se explica por el temor que tenía de caer en las mismas celadas que le tendieron a Juan Martín Caicedo Ferrer y que acostumbraban tender a todos los alcaldes de las grandes capitales, es decir, a la extorsión de los concejales en Colombia manifestada en la constante presión que ejercen por contratos y cargos a cambio de votar favorablemente los proyectos de acuerdo para la buena marcha de la ciudad. Mockus, se creía, se mostraría más flexible para conquistar aliados y dispuesto a no dejarse enredar en las triquiñuelas de las comisiones y coimas que, anunciaba, no tendrían cabida dentro en su eventual gobierno. Pero esto les cerró las puertas a todos los potenciales aliados.

La adhesión de Sergio Fajardo al aceptar la vicepresidencia, ayudó a crecer al partido Verde en las encuestas de opinión. Si bien es cierto que la vicepresidencia en Colombia después de la Constitución de 1991 no ha servido para catapultar una figura ni se le ha dado la importancia que puede tener, Mockus, si hubiera llegado al poder, habría valorado la prestancia de su fórmula para asignarle tareas de interés y convertirlo en ministro, en miembro del Consejo de Ministros o asignarle funciones internacionales de importancia, puesto que según el artículo 202 de la Constitución, el vicepresidente podrá tener las funciones que le asigne el presidente. Y Mockus estaba dispuesto a nombrarlo Ministro de Educación.

En otros países de Suramérica (en todos existe la figura menos en Chile), el vicepresidente juega un papel diferente, pero básicamente reemplaza al presidente en las ausencias temporales y en las absolutas. en Brasil, según el artículo 79 de la Constitución, tiene funciones en una ley complementaria; en Uruguay según el artículo 150 de la Constitución el vicepresidente ocupa también el cargo en todas las ausencias temporales del presidente y desempeña la presidencia de la Asamblea General y de la Cámara de Senadores; en Bolivia, según el artículo 174 de la Constitución, coordina las relaciones entre el órgano ejecutivo, la Asamblea Legislativa (Congreso) y los gobiernos autónomos, además de otras cuatro funciones específicas; en Perú existen dos vicepresidentes (art 111) que, en su orden, ocupan la presidencia ante las ausencias temporales de este; en Paraguay de acuerdo con el artículo 239 de la Constitución, el vicepresidente participa de las deliberaciones del Consejo de Ministros y coordina las relaciones entre el poder ejecutivo y legislativo. En cambio, en Venezuela el vicepresidente no surge de una elección popular, sino que lo nombra el presidente; en Colombia el vicepresidente no ejerce funciones temporales, esto lo hace el Ministro Delegatario, lo cual le ha restado lustre a la vicepresidencia.

Mockus no es un orador clásico ni un orador político volcánico. Es un pedagogo pausado que, incluso, se excede con los ejemplos y las anécdotas educativas. Trata de explicar todo con ejemplos y al final queda como un recreacionista. Lo salva el hecho de que no es marrullero y su actuación frente al erario ha sido transparente. Es un hombre que destila honestidad y encarna la moral que perdieron otros en los entresijos y laberintos de la práctica política narcoparamilitar y la corrupción dentro de la administración pública. Era un candidato indefenso que esgrimía girasoles y lápices pero puso a temblar al gobierno Uribe ya que un gobierno no amigo podía destapar todos los enredos desconocidos y se complicarían judicialmente los conocidos durante los próximos cuatro años.

El oficialismo atacó de manera inclemente al candidato de los verdes. Le lanzaron dardos por la inseguridad en Bogotá durante su segunda Alcaldía, por los mimos que utilizó en las campañas de cultura ciudadana, por su enfermedad de Parkinson; pero, eso sí, no mencionaban los más de 216.000 muertos de forma violenta registrados en los ocho años que la seguridad democrática, con sus dos gobiernos, no pudo evitar. Esa era la principal tarea del profesor Mockus, derrotar al bipartidismo unido en los partidos del uribismo, gracias a un acumulado de 20 años de buena imagen. No lo dejaron porque los rumores y las calumnias lo disminuyeron ante el electorado.

Reflexiones electorales

Después de la sentencia de la Corte Constitucional que impidió la tercera reelección del presidente Uribe, el partido de la U quedó en el imaginario colectivo como el más fuerte, aunque poco a poco comenzó a desinflarse el globo de excelencia armado al lomo de la figura del presidente. El partido de la U contaba con el respaldo de un mandatario a quien le quedaban cinco meses de Gobierno y por ende podía usar la maquinaria estatal, pero el uribismo ya no contaría con el partido Conservador para la primera vuelta electoral y muchos jefes locales comenzaron a trastear las adhesiones de acuerdo con los resultados del 14 de marzo o con quien registrara mejor en las encuestas frente al cambio del poder central para el 7 de agosto de 2010.

La predicción era que Noemí Sanín ganaría la consulta conservadora pero de allí no pasaría porque si continuaba sola hasta la primera vuelta electoral, no quedaría entre los dos primeros para poder armar una coalición amplia. Ella quedó envuelta en las maniobras de Juan Manuel Santos quien pretendía unir a todos los partidos y movimientos que acompañaron a Uribe los ocho años.

Tanto a nivel nacional como departamental los partidos de la coalición del gobierno en las elecciones del 14 de marzo 2010 lograron la mayoría de escaños para el Congreso. El partido de la U alcanzaba, la noche de los escrutinios, 24 senadores, el partido Conservador 23, y el PIN 8, es decir, 55 senadores, lo que significaba una coalición amplia para obtener mayoría en los proyectos del futuro gobierno que arrancarían el 7 de agosto. Allí estaba el embrión de la coalición.

El proceso de la parapolítica durante los últimos años cambió gran parte del Congreso por la vía judicial y algunos procesos de pérdida de investidura desde el Consejo de Estado. La expectativa era la renovación del Congreso por la vía de las urnas. Si hubiera

cambiado sustancialmente se podría haber hablado de una modificación, un cambio en la cultura política del electorado que se traduciría en haber asimilado el momento de desprestigio de la institución congresional. Pero como se conservó similar composición y la abstención sigue igual, tenemos que reconocer el estancamiento de la participación electoral y el silencio de la mitad abstencionista, para que la mitad participacionista decida sobre los mismos feudos electorales, excepto el 30% de renovación en cambios de rostros, sin mayor incidencia en las definiciones nacionales.

A nivel departamental, en el Valle del Cauca el PIN superaba en votos al partido conservador, al partido Liberal y al Polo Democrático. El PIN, un partido metamorfoseado al venir de tres mutaciones, comprobó la hipótesis de que el poder gubernamental (los contratos, los puestos públicos, las gabelas...) mezclado con la compra de los votos, sigue siendo el carburante actual del nuevo clientelismo, mezclado con los remanentes de la parapolítica.

En el Valle del Cauca la dificultad para que otras fuerzas obtuvieran representación en el Congreso se debió a la proliferación de candidatos que competían ante el electorado y confundían a los electores, al manejo críptico del tarjetón, a la falta de orientación a los electores, al cambio de los puestos electorales, y a la falta de cultura política. El abstencionismo, que continúa siendo notorio, se debe a la actitud negativa del Congreso por las duras críticas recibidas en los últimos cuatro años por la transmutación de las figuras electorales.

El voto de opinión disperso no es fácilmente cuantificable. Se perdieron miles de ellos entre candidatos de la televisión, cronistas deportivos y actrices, y la dispersión de otros votos de opinión para Martha Lucía Ramírez, Álvaro Leyva y Noemí Sanín, que navega o fluctúa entre un voto otorgado por fracciones conservadoras y un segmento de opinión en medio del entrapamiento de la consulta conservadora, donde el voto oficial, de maquinaria y amarrado, acompañó a Andrés Felipe Arias.

Muchos políticos anclados en los partidos tradicionales desde los escaños de los cuerpos colegiados, que llegaron algún día aupados por el voto de opinión pero que con los años la dinámica política los llevó a comportarse como políticos tradicionales, siguen creyendo que son atractivos ante el electorado por sus intervenciones esporádicas ante los medios y que esta circunstancia los distancia de las maquinarias donde militan. Se equivocan al pretender sustraerse de la actividad profesional que ya ejercen y algunos de ellos se hundieron en la pretensión de reelegirse.

La abstención bordea el 53% (solo salieron a votar 13.000.000 de personas, cuando el potencial llega a los 29.000.000 de votantes). De esta manera es difícil cambiar el cuadro político del Congreso que se reprodujo de manera similar a la composición del año 2006, con los obvios cambios de algunos rostros que, en cuerpos ajenos o transmutados pertenecen a los mismos clanes familiares y castas de políticos profesionales.

Pérdida de identidad

Es lamentable la pérdida de votos; más de 1.500.000 votos anulados por falta de instrucción, capacitación y por lo abstruso de las papeletas o tarjetones electorales

para sectores iletrados que no encuentran las fotos ni los nombres de sus conocidos o preferidos. El voto sólo con el logo y el número sin la identidad del candidato, va contra del derecho a la personalidad jurídica (artículo 14 de la Constitución), un derecho humano de los aspirantes, y contra el derecho a la participación (artículo 40 de la Constitución) porque impide la identificación y complica las campañas, las cuales deben hacer un doble esfuerzo para enseñarles a los votantes otra identidad de los candidatos, distinta de la del nombre de pila.

El derecho a la personalidad jurídica se nominó y creó después de la Segunda Guerra Mundial como un derecho humano, al evidenciarse la hecatombe perpetrada por los nazis que borran la identidad de los judíos transportados masivamente en trenes hacia los campos de concentración y los hornos crematorios. La ONU incluyó este derecho que está integrado por el nombre, la ciudadanía, la nacionalidad, la capacidad jurídica para hacer transacciones, el estado civil y el patrimonio. Es un derecho bisagra que permite gozar de los otros derechos humanos, so pena de convertirse en un N.N ambulante. El sistema electoral colombiano, en aras de facilitar un solo tarjetón para el Senado y los 32 tarjetones departamentales para la Cámara, está degradando a los candidatos, quienes desaparecen ante los electores el día de las votaciones, constriñéndolos a llevar a cabo campañas pesarasas para indicar quiénes son.

La proliferación de listas para el Senado y la Cámara de Representantes hizo más confusa las elecciones del 14 de marzo de 2010. Doscientas noventa y ocho listas en total, con 2.481 candidatos para 265 curules o escaños, sin contar los candidatos indígenas y de las negritudes. Es verdad que el tamaño de los tarjetones con las fotos y nombres de todos sería inmanejable, razón inicial de la reducción a logos de partidos políticos y números compartidos para los inscritos. Pero esto ha generado la pérdida de identidad y al mismo tiempo votos nulos. El tarjetón críptico e indescifrable para muchos ciudadanos que buscan identificar a su candidato y lleva a la anulación del voto o al error al marcar por otro. Este enredo que vulnera el derecho a la participación podría resolverse fabricando tarjetones por partido y movimientos con personería jurídica, con las fotos y los nombres. El umbral (2%) y su aumento al 3% evitaría la diáspora de partidos sin arrastre electoral, y el comportamiento de las fuerzas políticas se conocería para evitar incluir largas listas.

El número y los logos, como única forma de identificar a los candidatos en las urnas, desgasta a los candidatos durante la campaña al tratar de enseñar e indicar quiénes son dentro del tarjetón para que sus electores no se equivoquen, ya que en el cubículo y dentro del puesto electoral no existen como personas sino como números, como antes se hacía con los presos. Este es, además, un esfuerzo que les quita tiempo para exponer sus ideas (para quienes las ventilan). Otros candidatos, al creer que pueden abarcar más electorado potencial, hacen propuestas vagas y generales como si aspiraran a la presidencia de la República. Este es otro galimatías cantinflesco. La prueba de lo innecesario fue la campaña de Gilma Jiménez del partido Verde, con un solo tema: el castigo máximo para los violadores de niños, que obtuvo más de 170.000 votos. Un senador que siempre tuvo un electorado sectorial y un solo tema, los pensionados, fue Alfonso Angarita Baracaldo, y salió elegido. Jorge Robledo, para poner otro ejemplo, ha logrado un electorado con sus opiniones permanentes, sus debates sólidos y su seriedad

RAMOS, J.

temática, por encima de la misma estructura de su partido, el Polo Democrático, y ha alcanzado un envidiable voto de opinión.

Las elecciones del 30 de mayo 2010

La polarización para la segunda vuelta fue total; no hubo escapatoria. El Presidente Uribe puso todo el aparato del Estado al servicio de Juan Manuel Santos ante el fracaso de su pretensión reeleccionista y al esfumarse el clon Andrés Felipe Arias por el escándalo de AIS. El uribismo se transmutó en el cuerpo de Juan Manuel Santos a manera de un *transformer* y allí se enquistó; Uribe pretendió seguir gobernando en cuerpo ajeno. Los 6.758.539 parecían el techo de esa máquina electoral. Por las irregularidades descubiertas en los últimos años y confirmadas judicialmente, el uribismo comenzó a perder voto de opinión. Esos votos son la multiplicación de la burocracia estatal con sus consanguíneos, de los contratistas beneficiados con sus allegados, del asistencialismo a través del programa *Familias en acción*, etc.

De esta manera, se esperaba gran parte de los votos de opinión que aparecieran serían para la coalición que se armara alrededor del partido Verde. Los votos a favor de Santos se repetirían agregándoles los de las fuerzas que lo acompañarían en la segunda vuelta, y los de Mockus, también. Entonces, la coalición multipartidista y los sectores sociales que pudiera o quisiera conformar Antanas Mockus, aportarían el resto, más el efecto que produzca un programa de gobierno reajustado con los aportes de estas fuerzas y las propuestas concretas que expusiera el partido Verde y la acción impactante del voto en contra, es decir, todos los que consideraban que en los ocho años de uribismo su calidad de vida no había mejorado y conviven en ciudades más inseguras. Esa coalición podía obtener la votación que le hacía falta, conquistándola dentro del 50% de abstencionistas porque estos no votaran por Santos; éste aumentaría solo en virtud de la alianza con grupos uribistas que estaban compitiendo en la primera vuelta (conservadores y el sector mimetizado de Cambio Radical), y con liberales tránsfugas. Si Mockus no armaba la coalición para construir poliarquía con todos esos sectores, el voto de opinión que tenía no crecería más.

Inclusive con la votación ya registrada en la primera vuelta electoral, el partido Verde debía reforzar el discurso de la legalidad democrática con otros elementos que los reafirmen en la necesidad del cambio. Temáticas como la de salud, vivienda, reforma agraria, desempleo, mejoras salariales y la intrincada situación ambiental, necesitan mensajes directos y alentadores, porque es un electorado que se podía diluir. Algunos se perdieron por la falta de contundencia y por la confusión emanada de los debates.

Podría calcularse que solo un millón y medio de primivotantes participaron, de los casi cuatro millones que podían hacerlo en la primera vuelta del 30 de mayo. No se comprometieron lo suficiente o se arrepintieron. No se logró alimentar en ellos la ilusión del cambio con más elementos contenidos en un discurso político sobre el estado actual de las cosas; se desanimaron o se creía esperaban hacerlo el 20 de junio. El otro millón setecientos mil obtenido podría provenir de los ciudadanos que hacen parte del voto de opinión fluctuante y volátil, que vota cada cuatro años de acuerdo con los programas o con los factores que se mueven en la coyuntura política.

Legalidad democrática

La legalidad democrática como concepto se debe entender respecto al funcionamiento y cumplimiento del Estado de derecho, pero no da para proponer un nuevo tipo de Estado, aunque el profesor Mockus enfocaba la legalidad democrática no de manera reduccionista o aislada del cumplimiento de cada ley, sino como un enunciado macro para que funcione la juridicidad como conjunto de toda la normativa institucional. Hoy, dentro de las democracias con control constitucional, el Estado de derecho está subsumido por el Estado constitucional en los países donde existen cortes constitucionales.

La mera invocación al cumplimiento de la ley, con todas las dificultades para lograrlo dados los miles de transgresores, las conductas desviadas y la ineficacia de la fuerza pública, hace parte de la visión positivista. En cambio, el funcionamiento del Estado de derecho bajo el principio de la supremacía constitucional, con el control de las cortes constitucionales, hace parte del neoconstitucionalismo, donde el garantismo de los derechos y la ponderación priman sobre la mirada exegética y aislada del juez positivista.

La ilegalidad como práctica cotidiana de muchos (los de arriba, las mismas autoridades, hasta los delincuentes menores) ha llevado a la disolución del Estado de derecho que debe ser recompuesto para lograr que funcione la justicia. El electorado cambia a los congresistas, las reformas a la justicia ajusta la carrera judicial, y los congresistas probos promueven la reforma de las leyes injustas; otras resultan con un articulado que beneficia a los gremios, a los sectores privados o a los particulares, porque fueron tramitadas en medio del lobby de intereses privados y torcido el interés general.

Antanas Mockus planteaba que, “la ilegalidad es el principal freno al desarrollo económico y social de Colombia. La violencia y la corrupción son expresiones de esa ilegalidad... hay que lograr que la ley sea comprendida y asumida”. La propuesta principal de la campaña política de Mockus giró alrededor de la legalidad democrática, aspecto expuesto por él el 21 de marzo en una columna dominical de prensa. Esta es una tarea titánica porque la gente no cree en la justicia, además de estar acostumbrada a la ilegalidad que enseñan los de arriba; el rebusque de delincuentes independientes y de delincuentes organizados se da en el marco de la ilegalidad. En Colombia muchas personas se acostumbraron a lograr todo con los atajos y las vulneraciones a las normas. Para cumplir con la legalidad, es decir, con el Estado de derecho, hay que brindar oportunidades, acabar con la inequidad social y la exclusión, combatir la pobreza, aumentar el empleo y corregir a los mismos jueces que trafican con las sentencias, a los amanuenses que venden los autos interlocutorios y de sustanciación para prepararle el proyecto de sentencia al juez y acaban de purgar con la corrupción en las fuerzas armadas.

La Unidad Nacional y la alianza ciudadana

La alianza multipartidista que conformó Juan Manuel Santos con la llamada Unidad Nacional no busca sostener a esos partidos todo el tiempo, sino, poco a poco, absorberlos y deshacerlos para incorporar a las figuras más prestantes haciéndolos trasladar a las estructuras del partido de la U, luego configurar una U santista para aislar a los de la U uribista y así apartarse de los elementos incómodos. Como hicieron durante los ocho

RAMOS, J.

años con liberales y conservadores tráfugas y durante la campaña hacia la primera vuelta del 2010: procedieron al desbaratamiento de los congresistas conservadores que acompañaban a Noemí Sanín y los liberales que “seguían” a Rafael Pardo; los fueron trasteando con sus electores hacia la campaña santista.

Los Gobiernos de Unidad Nacional, donde se conforman, son temporales y el objetivo de quienes los diseñan es salir de la crisis o de la amenaza que se cierne sobre un país. En la coyuntura electoral del 2010 presenciamos una formulación atípica pero estratégica para el bloque en el poder: llaman a la Unidad Nacional habiendo creado ellos mismos la crisis, y seguramente no para resolverla, sino para tajarla: buscaban inmunidades, evitar juzgamientos futuros, por ello no van a soltar el poder. Pero dentro de las cartas tapadas, otros aspiraban luego a desprenderse de los personajes quemados en los ocho años de uribismo.

Al mismo tiempo la Unidad Nacional, antes de ganar las elecciones buscaba disminuir la oposición: entraron sectores del partido Liberal y de Cambio Radical que habían ejercido la oposición durante los ocho años que estaban terminando. Se vincularon en una alianza electoral que se transformaría en una coalición de Gobierno “atrapa todo”, donde se nuclean y agregan intereses contradictorios.

Es el reacomodo de las élites del bipartidismo que, en menos de un año sentirían los primeros desplantes porque no recibieron todo lo que aspiraban, y porque la intención de fondo era absorber a los parlamentarios en un proceso de transfuguismo gradual para que engrosaran las filas del partido de la U, sector santista de cara a la vía monopartidista: crear una especie de PRI colombiano. El PRI mexicano se armó con varios partidos y movimientos políticos en la segunda década del siglo XX para enfrentar la dictadura de Porfirio Díaz. Un PRI con cara de laborismo con la envoltura de tercera vía inglesa.

Y, paradójicamente, el partido Verde que debió armar la coalición mayoritaria después del 30 de mayo con los sectores que le hicieron la oposición al Uribismo y otras fuerzas inconformes con la descomposición moral e institucional del país, no lo hizo, lanzándose a la aventura quimérica de una alianza ciudadana, convocando a votar a los abstencionistas, a los primivotantes y a los electores sueltos de los partidos excluidos de la segunda vuelta electoral. Era, aparentemente, un buen propósito, pero olvidó que en el contexto del sistema presidencial latinoamericano, los trece países que contemplan en la Constitución la figura de las dos vueltas electorales las concibieron para combatir el presidencialismo excesivo, el hiperpresidencialismo, y para exigirle al bloque electoral que gana mayorías claras y más legitimidad. Y olvidó que los grandes cambios surgidos en América Latina durante los últimos catorce años se deben en parte a la segunda vuelta electoral. Ganaron quienes hicieron amplias colaciones contra los partidos tradicionales hegemónicos.

Suicidio político

Rechazar las alianzas con los partidos políticos y las fuerzas que no pasaron a la segunda vuelta fue un suicidio político. No se puede confundir alianza con adhesión, ni militancia partidista. Las alianzas son para armar una coalición multipartidista de cara a

enfrentar a un contradictor político que ideológicamente se encuentra en el lado opuesto, o que representa lo contrario de lo que se agencia o pretende en un proyecto político planteado por quienes rechazan las lacras del sistema, o los errores del gobierno pasado que se quiere reemplazar porque la continuidad es más perniciosa para el bien común.

Rechazar las alianzas para armar un bloque político multipartidista es ir en contra de la norma constitucional que consagra la segunda vuelta electoral (artículo 190), si ningún candidato ha obtenido la mitad más uno de los votos en la primera vuelta. La segunda vuelta se concibió y creó para que las diferentes fuerzas se coaliguen en dos bloques; uno que llegará al poder y otro que hará oposición para controlar y vigilar al otro, evitando los abusos de poder. La segunda vuelta electoral permite ampliar la participación política, redefinir las fuerzas electorales y las corrientes políticas, ajustando los programas de gobierno con la retroalimentación de lo mejor de los otros programas cuyos aspirantes ya no pueden proponerlo directamente en las urnas.

Rechazar las alianzas con los afines ideológicos es cerrar la puerta a la participación de estos y excluir el pluralismo ideológico en el campo de la política electoral. Si se tratara de definir quién gana en las urnas de manera expedita, ganaría solo el partido que obtenga la mayoría simple en la primera vuelta, como se hacía antes de la reforma constitucional de 1991, y como se hace en otros países aún. Los países con dos vueltas electorales las establecieron para que gane el que más apoyos obtenga y por ende, mayor legitimidad. También para formar poliarquía en el mejor sentido de la palabra: una coadministración entre los mejores y afines.

En Suramérica existen 12 países, en la mayoría de ellos se consagra la segunda vuelta electoral, los otros definen la presidencia de la república por mayoría simple en una sola votación. En Bolivia la segunda vuelta se fijó 60 días después y el voto es obligatorio (art 166 de la Constitución); en Ecuador la segunda vuelta se fijó para 45 días después, al igual que en Bolivia, no habrá segunda ronda si el primer candidato obtiene el 40% de los votos válidos y un 10% de diferencia sobre el segundo (art 165 de la Constitución); en Uruguay la segunda vuelta se realiza un mes después, el último domingo de noviembre para un período de cinco años, así se desprende de los artículos 77 y 151 de la Constitución, el voto es obligatorio; en Brasil la segunda vuelta se realiza 20 días después, como en Colombia, los votos en blanco no se computan (art 77 de la Constitución, numerales 2 y 3); en Chile la segunda vuelta se realiza a los 55 días siguientes a la primera vuelta, término que se desprende del literal de los artículos 26 y 27 de la Constitución, pues se fija un plazo de 40 días al tribunal calificador para declarar la calificación de la elección presidencial, y 15 días para realizar la elección; en Argentina las elecciones se llevan a cabo dos meses antes de la conclusión del periodo presidencial (art 94 de la Constitución), la segunda vuelta si fuere necesaria se realiza a los treinta días de la primera; en Perú el período es de 5 años, según el art 111 de la Constitución se procede a una segunda elección dentro de los 30 días siguientes a la proclamación de los cómputos oficiales, existen dos vicepresidentes; en Venezuela no existe la doble vuelta, según el artículo 228 de la Constitución se gana por mayoría simple.

El sistema electoral es parte esencial del sistema político. La doble vuelta caracteriza a un sistema electoral, además de permitir votar dos veces en la misma elección presidencial, permite cambiar el voto en la segunda vuelta ante la ausencia de los candidatos que no

pasaron la primera; permite la adscripción ideológica por alguno de los que quedan y hasta permite cambiar el voto por uno de estos dos, si le cabe alguna duda al elector. La confirmación del voto, si es por uno de ellos, los que sobrepasaron el requisito constitucional, le da al ciudadano la oportunidad de reafirmar su convicción ideológica y programática. Permite que la pluralidad se coaligue por afinidad programática, y facilita el ajuste de los programas de campaña que se van a convertir en políticas públicas.

Tratar de obtener el apoyo de los sufragantes solo con los votos de opinión y convocando a los abstencionistas sin propuestas novedosas y concretas, no es tarea fácil. Esas propuestas que rompan el abstencionismo y saquen a la gente a votar deben ser supremamente atractivas para mover la tesitura de los sectores con carencias económicas, los excluidos y ansiosos del cambio social; propuestas que entrarían a competir con el asistencialismo neopopulista que puso en práctica el uribismo con los programas de *Familias en Acción*, las ayudas del ICBF, el SISBEN, *Familias Guardabosques*, etc., con la plata de todos. Mover casi cinco millones de personas para ganar implicaba al menos ofrecer programas creíbles y concretos bañados de neopopulismo centrista que contrarresten el neopopulismo derechista de Uribe que, sin pretender cambiar el estatus social de los de abajo, en los estratos 1 y 2 captó para J.M. Santos el voto de los asistidos con programas miserabilistas pero que calman en parte las falencias.

Entre el 14 de marzo y el 30 de mayo de 2010 apareció en Colombia un multipartidismo moderado, plantando a cuatro formaciones políticas que protagonizarán las acciones en los próximos años: El partido de la U, el partido Verde, Cambio Radical y el Polo Democrático Alternativo. Estas cuatro organizaciones políticas, cada una, de manera aislada, obtuvieron más votos que los liberales y los conservadores en la primera vuelta presidencial; observándose además un desgranamiento y deslizamiento de los miembros del bipartidismo hacia el uribismo-santista de la U que, absorbieron a las bases parlamentarias alinderadas desde la consulta de marzo. Apareció un multipartidismo sin ficción porque, tuvimos en Colombia un multipartidismo inflado y ficticio entre los años 1992 y el 2006: existía una feria de avales y personerías jurídicas de las fracciones del bipartidismo revestidas y maquilladas como movimientos políticos.

Ese multipartidismo moderado no había irrumpido en el panorama político desde 1851, es decir, 158 años cubiertos de bipartidismo hegemónico, períodos de predominancia roja o azul (federalismo o centralismo decimonónico, guerras civiles partidistas, pacto frentenacionalista y su prolongación, violencia bipartidista, terceras fuerzas efímeras y luego liquidadas: MRL, Anapo, Firmes, UP, Nuevo Liberalismo); o terceras fuerzas locales –máximo regionales– sin llegar al poder central, luego disueltas por el apetito de los líderes que retornaban al seno del bipartidismo; fraudes electorales a tutiplén, etc.

Cuando el marco constitucional de 1991 (artículos 107, 108, 109, 110, y 111) abrió las esclusas para el pluralismo y la competencia aparecieron alocadamente decenas de movimientos y supuestos partidos hechizos, mera desmembración de los partidos tradicionales, bautizados con nombres sonoros.

El partido Verde y su futuro

El partido Verde para conservar el capital electoral logrado en las tres elecciones del año 2010 (marzo 14, mayo 30 y junio 20), necesita mantener vigencia participando en las elecciones locales y regionales del 2011. Pero antes necesita darse cuerpo y organización para que no quedar en el nivel de movimiento político transitorio porque el voto de opinión es invisible, volátil y maleable. Los datos de la registraduría nacional sobre las mesas de votación solo permiten señalar los estratos sociales y las comunas de los votantes, pero no su individualidad. Los votos obtenidos deben cultivarse con acciones políticas que emprenda la dirigencia en el Valle del Cauca y los otros departamentos porque el electorado de opinión sigue durante un tiempo largo las actividades, pronunciamientos de los líderes que representan el logo del partido (en este caso el girasol).

No se trata de identificar a los 430.000 electores del Valle del Cauca, tampoco se le pide similar operación a los líderes de los otros departamentos, eso es imposible; se trata al menos de armar una base de datos grande a partir de acciones políticas en todos los municipios para identificar a la mayoría de la gente que se acerque, también con una página web propia en casa, departamento, un periódico, o articular y congregar a las ONG ambientales. Esas organizaciones son vitales para un partido que se proclama verde, y aumentando la actividad en las redes sociales virtuales conectándolas con las redes sociales reales. Un partido debe tener electorado que lo respalde, estatutos, financiación, sedes y dirigentes en todas las regiones, un programa atractivo acorde con las necesidades del país con planteamientos que se conviertan en políticas públicas en la medida que vaya accediendo al poder; debe tener un grupo parlamentario, espacios de poder o hacer oposición.

Para el cuatrienio 2010-2014 le correspondía desde un comienzo al partido Verde hacer oposición al gobierno nacional y tratar de ser gobierno en lo regional (algunas alcaldías y gobernaciones). La llamada Unidad Nacional concentró la mayoría de las formaciones políticas para construir durante el cuatrienio una especie de partido único tendiendo al unipartidismo, una búsqueda que parecía reeditar el frente nacional pero ampliado para armar la hegemonía entre el bipartidismo mezclado y los “nuevos”, con tráfugas camuflados.

El programa del partido verde debió hacer énfasis en lo ambiental y este es un trabajo largo desde los comités programáticos regionales. El partido Verde necesita proponer un nuevo tipo de Estado a la sociedad colombiana, con el remozamiento de una democracia socio-ambiental que se amolde al estado social de derecho, democracia socio-ambiental para garantizarles la defensa de los derechos colectivos a los ciudadanos y de contera los derechos humanos. Y debe aprender a hacer alianzas electorales para generar poliarquía. Los dirigentes regionales deben tener la seguridad de que están vinculados a la cúpula nacional para poder proceder al activismo político, ser reconocidos y respetados. El partido Verde se caracterizó en las tres campañas referidas por un centralismo absorbente y falló al devolver los recursos de financiación estatal que son legales (de la legalidad democrática a la que aspira).

Los politólogos europeos acostumbran ubicar a los partidos políticos en siete dimensiones políticas para poder distinguir los fines, programas y propósitos de los partidos;

de esa manera también se puede identificar si son de izquierda, de derecha o de centro en el espectro nacional donde se mueven. Las dimensiones son: socioeconómica, religiosa, étnico-cultural, urbano-rural, el apoyo al régimen, la política exterior y el pos-materialismo ante el declive de las ideologías tradicionales (en aras de la democracia participativa y el ecologismo).

El partido Verde se expresó como una reacción del voto de opinión por una democracia más ampliada, participativa y con problemas urbanos que requieren soluciones administrativas ambientales. Le ganaron por la guerra sucia, la propaganda negra y la rumorología para desprestigiar al candidato (como desprestigiaron a Giordano Bruno en la Edad Media, con mentiras y dogmatismo); por el apoyo al régimen uribista a ciegas, con un asistencialismo miserabilista de tinte neopopulista; pero la propuesta de los verdes era válida, debe ajustarse al discurso urbano-rural-ambiental, por la legalidad y contra la corrupción.

Las atracciones del electorado, sus militantes y seguidores también se enrutan de acuerdo con la dimensión política donde estas fuerzas electorales actúan. Al llegar al poder o haber permanecido en el poder es más fácil identificar la conducta de un partido. Los que no han tenido ni detentado el poder, solo pueden ser clasificados por sus propuestas y programas. El politólogo holandés Arend Lijhart, afirma que “los programas de un partido deben distinguirse por las características del electorado que dicho partido representa... existe casi siempre una relación recíproca entre el programa de un partido y los intereses objetivos y subjetivos de sus simpatizantes, e incluso también de sus necesidades” (Lijhart, 1999).

La organización de un partido político requiere consensos entre la dirigencia, no que un solo dirigente dicte las directrices porque esto lleva a la imposición, al fraccionalismo, al divisionismo. Se busca es darle cuerpo a una formación política o partido que puede diluirse si no se hace presencia con actos de partido en la región o si las tendencias internas lo meten en una centrífuga de animadversiones por jalar cada uno sus apetitos e intereses personales. Se debe evitar que una sola fracción se imponga sobre las otras. Las fracciones o grupos de trabajo son válidos porque dentro de un partido político contribuyen a las tareas emprendidas y por desarrollar

Por ejemplo, para desarrollar el punto IV del programa nacional *La sociedad que queremos: con calidad de vida, sin hambre y saludable*, hay tres circunstancias básicas que mejoran la calidad de vida de la gente: 1) la educación (eje principal del programa); 2) la salud; y 3) la vivienda. Las mismas según la Constitución deben ser derechos de los ciudadanos (derechos sociales, culturales y económicos) y por lo tanto no deben estar expuestos a los movimientos del mercado hasta convertirse en mercancía. Esa es la defensa y enfoque que el candidato, profesor Mockus, debió darle a su discurso político.

El tema ambiental atañe al punto XI del programa nacional *Medio ambiente saludable y sostenible: conservación de la biodiversidad, energías alternativas y consumo responsable*. Este punto del programa atañe a los derechos colectivos y del medio ambiente. Hacer cumplir y respetar estos derechos proporciona calidad de vida, y se conectan con los derechos humanos. El partido Verde propone sobre la protección de la naturaleza,

calidad de vida para toda la vida; ambiente sano y derechos humanos, van de la mano; la dignificación del campo, ciudades humanas, salud y medio ambiente, etc. El tipo o clase de Estado que puede resultar de una lectura de conjunto del programa que Antanas Mockus expuso es un Estado con democracia ambiental: Estado demo-ambiental que se puede teorizar a partir del Estado social de derecho, artículo 1 de la Constitución.

La democracia, por el contrario, se fortalecería con la legalidad democrática, el respeto a la Constitución y el cumplimiento de la legislación ambiental que hace parte de este Estado de derecho dentro de la democracia ambiental. El partido Verde, además del discurso ambiental para lograr ciudades sostenibles y más viables, ha expuesto el tema de la legalidad democrática como concepto se debe entender respecto al funcionamiento y cumplimiento del estado de derecho, pero no da para proponer un nuevo tipo de Estado.

La mera invocación al cumplimiento de la ley, con todas las dificultades para lograrlo por los miles de transgresores, las conductas desviadas y la ineficacia de la fuerza pública, hace parte de la visión positivista. En cambio, el funcionamiento del Estado de derecho bajo el principio de la supremacía constitucional, con el control de las cortes constitucionales, hace parte del neoconstitucionalismo, donde el garantismo de los derechos prima.

El discurso verde

Después de las elecciones de segunda vuelta el 20 de junio de 2010, la dirigencia nacional y regional del partido Verde entró en un grado de mutismo preocupante. La directiva nacional resolvió tomarse un tiempo de descanso y aislamiento resultado de la fatiga electoral por las tres elecciones enfrentadas; los cuadros departamentales y municipales surgidos al calor de las campañas más por la habilidad y la oportunidad que por la designación de órganos eleccionarios, se negaban a renovar o ampliar la dirección regional, impidiendo la ampliación y el remozamiento; los líderes no se reponían ni tomaban forma; los cuadros profesionales quedaron al garete y el electorado de la ola verde desenchufado.

A nivel nacional el impacto por no haber logrado la presidencia que se diluyó por los errores en la campaña, por no hacer una reingeniería a tiempo, por no saberse defender en los debates televisivos, por no contrarrestar oportunamente la maledicencia de la rumorología propalada y por rechazar las alianzas electorales creyendo en el cambio de comportamiento de los abstencionistas; ese impacto retardó la reacción para iniciar la reorganización, más de dos meses y aún no se tenía claro cómo comportarse la bancada verde en el Congreso y en los pronunciamientos de la vocería nacional, si como oposición o como fuerza deliberante saltuaria. Y se inicio lentamente la transformación de la ola verde al partido Verde.

Se comprendió que los 3.600.000 votos, un resultado caudaloso para un movimiento naciente, fue producto del entusiasmo de la gente, de la necesidad de cambio, de la ansiedad por tener una nueva alternativa de poder, del cansancio por las lacras descubiertas después de ocho años, pero que los votantes tenían dirigentes nacionales con prestigio y el partido no había nacido en la campaña, era imposible. La ola gigantesca

necesitaba de organización para que seguir apareciendo como en el ecosistema marino, nuevas olas surgen, entonces, en el espectro político: moverse cada que se avecinen las elecciones. Para ello se necesita organización de partido político, y no solo el nombre.

“A pesar de que perdió la Presidencia, el partido Verde adquirió una gran responsabilidad con sus tres y medio millones de votantes y si tiene pudor político, no se deshará de ella de buenas a primeras. No obstante, está dando palos de ciego y el entusiasmo que despertó en el electorado, absolutamente novedoso por espontáneo, empieza a desbaratarse con razón: si sus líderes no son capaces de organizarse y organizar sus cuadros, ¿cómo van a poder dirigir el Estado?” (Orozco, 2010).

¿Qué debe caracterizar al partido Verde? La lucha por un mejor ambiente, por un entorno saludable y por un buen nivel en la calidad de vida. Entonces, el partido Verde tiene por sus propósitos la posibilidad de llegar con el discurso a todos los sectores sociales, sin necesidad de pretender ser totalizador de los ejes temáticos, ni en la captación del electorado, ni atrapa todo (*cash all*) con el discurso embaucador. La transversalidad de la problemática ambiental y el interés de la población en la solución de los aspectos ambientales que afectan a las ciudades y el campo, hace que llame la atención el discurso verde para que, se traduzca en acciones políticas y luego en políticas públicas.

“[...] es importante, que tenga una plataforma ideológica acorde con el medio ambiente porque los votantes, principalmente más estructurados cada día están más conscientes que solo tenemos una casa que proteger, nuestro planeta tierra. En el mundo, desde la década de los ochenta, principalmente en Europa los movimientos verdes han visto crecer su influencia principalmente en países como Alemania pero ninguno a pesar de los serios intentos han llegado a los cargos más altos, si un partido Verde llega a la presidencia, como primer ministro inmediatamente cambiarían las políticas públicas a favor del medio ambiente sencillamente porque la voz de la mayoría les ha enviado ese maravilloso mensaje” (Támara, 2011).

Debían reformarse los estatutos acorde con la dinámica que se logró en las tres campañas y la cantidad de votantes, con los seguidores de las regiones y las aspiraciones expresadas en los diferentes foros. Con la necesidad de tener un partido que propicie el cambio, estructurar un partido para que funcione a nivel nacional y deje de ser un movimiento político que operó en la coyuntura electoral. Fijar los mecanismos para obrar, o actuar, decidir oportunamente.

Establecer foros de discusión, asambleas de decisión y los conductos para dar a conocer las resoluciones de las regiones. No existe un consejo supradepartamental que resuelva y haga cumplir. Nadie sabe cuáles son los mecanismos de interlocución, cómo tramitar una propuesta para que sea efectiva o aplicable, cómo obran las jerarquías, y cómo, en las regiones, se van a diseñar las campañas de cara a la obtención de los poderes locales, en los municipios. No hay instrucciones anticipadas ni se marca la línea política de acción.

El gran colectivo partidario después del 20 de junio es una masa de votantes anónima, sin acercamiento en lo posible a su identificación para concretar militantes en los municipios. Ello no quiere decir que se deba llevar a cabo la tarea de identificar uno a uno a los electores, pero si se podría formar una red de personas en la web, en las sedes de los municipios e iniciar un proceso de carnetización, para que todos los electores no sean

invisibles. En cada departamento podría existir una plenaria trimestral de la asamblea electoral, conformada por 430 miembros uno por mil, con delegados de los municipios. Democracia interna para ser escuchados, para proponer y decidir por mayoría y evitar el unilateralismo de las decisiones.

Sin rendición de cuentas no hay democracia interna y se desconecta a los seguidores de las acciones llevadas a cabo. La rendición de cuentas sirve para hacer los balances, corregir, enmendar o diseñar unas nuevas. Además para que la responsabilidad de los dirigentes los comprometa a unas acciones más contundentes.

La dirigencia regional surgió en el marco de las campañas electorales, debía ampliarse y remozarse acorde con los resultados electorales y la objetivación de los trabajos de los equipos y colectivos que aportaron como tendencias.

Así, a los cuadros dirigentes del PV en todos los municipios les correspondía incrementar el discurso ambiental para incorporarlo luego a las agendas gubernamentales locales. En la medida que se incrementa el estudio y conocimiento de los problemas ambientales urbanos y rurales, y se expliquen sus prevenciones, reparaciones, mitigaciones y soluciones; en esa medida aumentará la simpatía por los verdes, se mantendrá y crecerá el voto de opinión.

El escollo se encuentra en la falta de cultura bioética de las personas por el irrespeto a los recursos naturales renovables y la falta de conciencia sobre la preservación. También la falta de pertenencia sobre lo público. El individualismo conlleva que solo se sienta el daño ambiental cuando afecta la propiedad privada pero no cuando el daño no nos toca directamente, los efectos tardíos del daño a lo público sofrenan las reacciones. Entonces concientizar sobre ese aspecto es básico para mover el ánimo de todos.

Los cuadros dirigentes del PV necesitan apoyarse en las personas que integran las organizaciones no gubernamentales (ONG) ambientales municipales, abrirles espacios de participación, convertirlas en grupos de apoyo, imprimirles importancia porque las ONG están inmersas en la problemática local y puntual de cada ente territorial, también generan opinión, direccionan procedimientos, aplicaciones, soluciones. Si se les abre un campo de acción política, esas campañas municipales para esparcir el discurso verde aumentarán con rapidez. La garantía que se les puede dar a esas ONG es que serán incorporadas a los desarrollos contractuales como complemento del SINA, Ley 99 de 1993, artículo 1, numeral 10: “La acción para la protección y recuperación ambiental del país es una tarea conjunta y coordinada entre el Estado, la comunidad, las organizaciones no gubernamentales y el sector privado. El Estado apoyará e incentivará la conformación de organismos no gubernamentales para la protección ambiental y podrá delegar en ellos algunas de sus funciones”.

Los partidos verdes son pluralistas en lo ideológico y de comportamiento biodiverso por la defensa de la naturaleza; deben mantenerse en el progresismo conceptual y copar dentro del mundo de la política, el campo de la centroizquierda. La dirigencia verde, necesariamente para no desnaturalizarse ni despintarse, ni perder el norte, tendrá que incorporar y mantener dirigentes y líderes ambientalistas en la cúpula de los directorios municipales a fin de aglutinar más verdes y para poder ampliar, propalar, el discurso verde.

RAMOS, J.

Si el partido Verde no orienta los temas ambientales y hace de ese discurso lo principal, sin descuidar los otros temas, entonces otros partido incorporan ese eje temático. “Ocurre también que los partidos grandes de izquierda (Izquierda Unida, PSOE), tanto a nivel estatal como autonómico, se han ido apropiando del mensaje verde y lo han incorporado como objetivo de su acción política. De este modo, han laminado el espacio político propio de un partido verde. Pero la realidad ha demostrado que no han sabido defender lo ambiental como eje principal de sus políticas” (Olcina, 2010).

“Desorientado. Mockus nunca ha sido muy claro en materia de ideologías, pero leo algo que me deja atónito; cuando se disponía a viajar a un encuentro internacional de partidos verdes en Europa, deshizo las maletas porque descubrió que estas colectividades son de inspiración ecologista y de izquierda. Si no sabía esto, no sabía nada” (Samper, 2010).

División en el partido Verde

El partido Verde fue fundado en el 2005 y se remozó en el 2009 con la llegada de Mockus, Peñalosa y Garzón, más tarde ampliado con la adhesión de Fajardo. También es producto de una confluencia de tendencias políticas alrededor de unos ideales comunes por la transformación estatal colombiana, contra la corrupción y la recuperación de la moralidad pública.

De la inmensa ola verde como expresión político-social, animada por las redes virtuales se pasó a la construcción del partido político para enfrentar las elecciones de octubre 2011. Las confrontaciones, disensos, críticas y fisuras entre la cúpula de los copresidentes, y los diversos puntos de vista de las direcciones regionales dejaron ver claramente que el partido Verde no tiene una definición ni un enfoque único para entender y asumir la coyuntura electoral en materia de alianzas y coaliciones. Es la repetición del suicidio político como se hizo en la segunda vuelta electoral de junio 2010.

Si un partido o movimiento político, no es mayoría ni es hegemónico, para competir y alcanzar parte del poder, necesita inevitablemente de las alianzas electorales so pena de marginarse de la administración gubernamental. Alianzas disímiles con pares ideológicos para alcanzar alcaldías o gobernaciones o cogobernabilidad en ellas.

Esa falta de claridad sobre el papel de las alianzas electorales en una coyuntura electoral, más la centralización excesiva, la forma ascosa de ver a los otros líderes y partidos, y el rompimiento interno de las reglas de juego, llevó a la disputa pública a nivel nacional, una discusión que debió ser interna: el acercamiento del ex presidente Uribe Vélez a la campaña de Peñalosa para la alcaldía de Bogotá. Se dejó la sensación inicial de que Mockus aspiraba también a la candidatura que ya había sido otorgada inicialmente.

Ante la pregunta del periódico *El Tiempo* de que si Mockus advirtió que Uribe dividió a los verdes, a qué niveles de su estructura está llegando esa división, el representante a la Cámara Alfonso Prada dijo: “Lo que recuerdo de las frases de Mockus es que sus diferencias personales con cualquier ciudadano las sobrepone a los intereses superiores de la ciudad. El interés general de los bogotanos prima sobre cualquier diferencia interna que no tenga como objeto sostener los principios que deben orientar una buena gestión por Bogotá” (Prada, 2011).

Esta disputa alteró todo un proceso de estructuración del partido que venía haciéndose en todos los departamentos desde octubre de 2010, alcanzando a designar todas las direcciones departamentales. Y empezó la selección de candidatos para alcaldías y gobernaciones sobre los parámetros del sello verde: condiciones morales, judiciales y de idoneidad.

La dirección colegiada del partido Verde en la que figuraban los ex alcaldes, continuó entusiasmado a los dirigentes regionales pero nunca hubo una real conexión con los líderes locales, los cuales llegaron a quejarse por falta de contacto y hasta de agradecimiento por haber participado en las elecciones del 2010, contribución que no se les reconoció con visitas a las regiones.

El discurso ambiental no se agitó oportunamente para orientar las bases y atraer simpatizantes. Frente a las dos oleadas invernales (octubre-diciembre 2010 y marzo-abril 2011), no hubo pronunciamientos de fondo desde la cúpula del partido Verde. Mockus no es un ambientalista y no manejó ni conoce el discurso ambiental. La falta de pragmatismo de Mockus lo hizo renunciar y dividió al partido, seguramente por un apetito personal.

La postura de Mockus no fue apropiada, fue demasiado radical y le faltó claridad sobre el sentido de las alianzas, no tiene conexión con la cultura política colombiana y con el sistema electoral y legal de partidos en Colombia; pero es muy parecido a lo que sucedió para el 20 de junio de 2010, cuando abortaron toda forma de alianza y se perdió la oportunidad de llegar a la presidencia.

La oposición y la etapa santista

Al iniciarse el Gobierno Santos bajo el paraguas de la llamada Unidad Nacional, los partidos visibles en votos el 20 de junio 2010 y con escaños parlamentarios ganados meses atrás, el Polo Democrático y el partido Verde, se creía a simple vista, eran las organizaciones políticas aptas para hacer oposición, además porque no habían aceptado cargos burocráticos para despegar la etapa santista el 7 de agosto, y tenían plataformas programáticas opuestas a la de los partidos nucleados alrededor de la Unidad Nacional.

Ambos partidos, el Polo y el Verde, son relativamente recientes, surgieron hace menos de seis años con las fachadas o portales que ostentan; el Polo Democrático como agrupación de fuerzas similares pero de diferente origen; y el Verde como agrupación de personalidades y movimientos de ocasión, edificado a partir de una personería jurídica prestada, tomada para transformarla. Estos dos partidos podrían verse también de manera simplista como formaciones independientes al viejo bipartidismo, como la “nueva izquierda” apta a la marcha de la corriente latinoamericana, y ajenos a la corrupción y al clientelismo. La disimilitud en la formación del Polo Democrático Alternativo y la laxitud para su construcción permitieron que apareciera el ariete o hueco negro por donde penetró el sector corrupto de la Anapo con los mismos vicios de la corrupción bipartidista de la etapa posfrentenacionalista. El carrusel del caso Nule en Bogotá afectó a toda la estructura del Polo y su papel de partido en la oposición.

Desde el partido Verde la debilidad como potencial opositor vino por otro lado. Los copresidentes exhibieron hojas de vida impolutas, pero la falta de coherencia para en-

frentar un proyecto de construcción serio de partido político los dividió. En la campaña electoral del 2010 lograron una ola de opinión gigantesca que asustó al establecimiento, a las élites parlamentarias del bipartidismo transmutadas en nuevas fuerzas del espectro uribista, simiente del triunfo de Santos formado con el desprendimiento de congresistas a la espera de porciones del nuevo poder dentro de la amorfa Unidad Nacional.

El primer error del partido Verde después de los errores cometidos en la campaña electoral del 2010 por el candidato que todos creíamos era un sabio, pero no estaba preparado para ser presidente, fue no declarar ni siquiera la intención de hacer oposición, cuando era obvio que todas las fuerzas políticas estaban congraciadas con el nuevo poder, excepto el Polo Democrático, a quien el mismo partido Verde había rechazado para la segunda vuelta electoral. Al no ser oposición, ni parte del Gobierno, comenzó a moverse en un terreno gelatinoso que, no lo iría a posicionar ni permitirle ser valorado por sus propios electores. Más de 3.500.000 ciudadanos se quedaron esperando las directrices y ver a los Verdes como oposición al gobierno que empezaba como un reencauche del gobierno anterior. Pero precisamente las posturas del presidente Santos y el distanciamiento a varias políticas públicas uribistas aumentaron la ambigüedad en el comportamiento del partido Verde. Muchos se sorprendieron cuando comenzaron a observar fisuras en el bloque de la Unidad Nacional, con alinderamientos personales hacia una U santista y una U uribista, con conservadores santistas y conservadores uribistas, y la gestación de una especie de bloque santista conformado por el liberalismo más Cambio Radical que, en la práctica desbordaba al partido Verde como nueva agrupación política. Mientras tanto se deshacía el Polo Democrático por el destape de la corrupción con los dineros de la capital de la República.

Desde el comienzo del cuatrienio gubernamental de Juan Manuel Santos, el partido Verde debió tomar una posición definida, ser oposición o ser parte del gobierno. La posición intermedia que adoptó durante el primer año del gobierno no lo dejó crecer. La notoriedad en los debates de control político fue para sus parlamentarios y no para el partido. Al menos dos, Alfonso Prada y Gilma Giménez, se destacaron. Habría sido conveniente haber realizado tareas de oposición desde el principio, porque ante el cúmulo de fuerzas en la Unidad Nacional, era necesario el control del partido político que se había enfrentado con notoriedad durante la campaña electoral a quien logró la presidencia de la República, y conveniente para la democracia, a fin de controlar al bloque electoral ganador. Después con la debacle del Polo Democrático, por la espiral de corrupción en la contratación, se desmoronó el partido que sí venía haciendo la oposición al gobierno central; entonces el partido Verde tenía la oportunidad crecer y liderar la reconstrucción del Estado despedazado por las bandas burocráticas que habían crecido en los últimos ocho años, sin límite alguno y sin eficacia de los organismos de control.

Al final del primer año del gobierno Santos Calderón, el partido Verde decidió ingresar al grupo parlamentario de la Unidad Nacional, renunciando definitivamente a ser oposición y sin formar cogobernabilidad o poliarquía desde un espacio de poder, disimulando en un primer momento no querer manejar ningún Ministerio: un ingreso gracioso y sin contraprestación, como si los partidos y sus huestes no necesitaran ejercer el poder, siendo este el objetivo de cualquier partido político.

La principal razón de la división fue el apoyo de Uribe y el partido de la U a la pretensión de Enrique Peñalosa para aspirar a la alcaldía de Bogotá. “Dos tipos de análisis han aparecido sobre la situación en que se encuentra el partido Verde. De un lado están quienes argumentan que se trata del dilema tradicional entre ideología y pragmatismo, y de otro lado hay quienes creen que este partido está viviendo una dura crisis de identidad (...) Luis Eduardo Garzón argumenta que el acuerdo de apoyo a Peñalosa se hace con el partido de Santos y no con Uribe, y que al no existir procesos abiertos ni condenas contra el presidente de la U, Juan Lozano, no se están violando los principios del partido verde. Pero este es un discurso estratégico que se limita a lo evidente y niega la responsabilidad política que corresponde a las directivas. Garzón insiste también en que el diálogo programático apenas comienza y en que hay que encontrar coincidencias. Pero la búsqueda de estas coincidencias es una tarea que, al menos en teoría, no tiene sentido en términos de las distancias que separan los partidos en el eje de proclividad democrática. Adicionalmente, la decisión de recibir el apoyo de la U o de Uribe al candidato oficial del partido se tomó antes de establecer coincidencias o acuerdos, retando la lógica de decisión de cualquier partido” (Cristancho, 2011).

En el fondo, Mockus también quería ser candidato a la alcaldía de Bogotá pero la nominación estaba definida para Peñalosa para las elecciones de octubre 2011. Entonces criticó el acercamiento al uribismo y decidió retirarse del partido Verde para emprender otra vez una aventura electoral como antipolítico, buscando primero ampararse en un grupo significativo de ciudadanos y al comenzar a dar los pasos para postularse se encontró un obstáculo normativo para su ambición personal: la nueva ley de reforma política, Ley 1475, creó una inhabilidad eleccionaria que aparentemente frenaba su aspiración porque exige el retiro un año antes a los dirigentes que se pasan de un partido a otro. Como la ley entró a regir en un período de transición entre las dos legislaciones, subsistió la duda de la retroactividad, por interpretación del Consejo Nacional Electoral, pudo inscribirse al final por la Alianza Social Indígena (ASI), movimiento político en el que influyó incluso para cambiarle el nombre por Alianza Social Independiente. Ya en medio de la campaña y bien posicionado en las encuestas comenzó otra vez con las dubitaciones. Le hizo daño a Peñalosa en medio de la contienda y se inclinó por una candidata que había estado como uribista gran parte de los dos gobiernos de Alvaro Uribe, Gina Parody, y empezó otra aventura que puede terminar en una nueva organización política.

Bibliografía

1. Collazos Oscar. “Alternativas Ciudadanas”, Columna publicada en el periódico “El Tiempo”, Quinta Columna, sección editorial, abril 8 de 2010.
2. Cristancho Camilo. “El partido Verde de muchos colores: ¿identidad o ideología?”. www.razonpublica.com. publicación de fecha junio 6 de 2011.
3. Lijphart Arend. “Las Democracias Contemporáneas”. 4 edición. Libro publicado por la editorial Ariel S.A, Ariel Ciencia Política, cuarta edición, páginas 143 y 144, Barcelona-España, 1999.

RAMOS, J.

4. Olcina Jorge. “Un Nuevo partido Político Verde”. Análisis de este ambientalista español de Alicante publicado en Google y encontrado en el buscador con: idelogía del partido verde. www.google.com (2010)
5. Orozco Tascón Cecilia. “El Despelote Verde”. Columna de opinión publicada en el periódico “El País” de Cali, sección editorial, septiembre 4 de 2010.
6. Prada Alfonso. Entrevista titulada “Tormenta por Peñalosa entre los Verdes y la U”, concedida al periódico “El Tiempo”, página 10, domingo 6 de marzo de 2011.
7. Samper Daniel. “Los Verdes: Biches y Extraviados”. Columna de prensa publicada en el diario “El Tiempo”, sección opinión 1-27, domingo 5 de septiembre de 2010.
8. Támara Higuera Álvaro. “partido Verde, ¿agrupación de buenos líderes con ideología ambientalista?”. Análisis publicado en www.google.com; tomado de www.soyperiodista.com, marzo 2011.